

**"Sobre los documentos inéditos del
Conde de Gondomar acerca del corsario
Walter Raleigh"**

Daniel López-Serrano Páez
contacta@archivodelafrontera.com

Colección: Galeatus
Fecha de Publicación: 02/03/2004
Número de páginas: 18
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **HazHistoria S.L.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.hazhistoria.net

Descripción

Resumen

Daniel López-Serrano Páez nos brinda un trabajo que reconstruye la actividad diplomática desplegada por el genial embajador en Inglaterra Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, en torno al famoso corsario inglés Walter Raleigh que acabará siendo ejecutado merced a las gestiones del diplomático.

Palabras Clave

Diplomacia, tregua hispano-inglesa, corso, expediciones a América.

Personajes

- Walter Raleigh
- Conde de Gondomar
- Jacobo I de Inglaterra

"Sobre los documentos inéditos del Conde de Gondomar acerca del corsario Walter Raleigh"

Para el presente trabajo, de la asignatura métodos y técnicas de investigación histórica, he elegido indagar en los dos primeros volúmenes de la colección *Documentos inéditos para la Historia de España*, publicados en Madrid, en 1936, el primero, y en 1943, el segundo, por el Duque de Alba, el Duque de Maura, el Conde de Gamazo, el Conde de Heredia-Spínola, el Marqués de Aledo, el Marqués de Vega de Anzo, el Duque Fernán Núñez y el Conde de los Andes.

Estos volúmenes contienen la documentación inédita oficial de Don Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, el cual era el embajador español en Londres desde 1613 a 1622 (fecha de su muerte), aunque con un intervalo de tiempo en el que estuvo fuera de Inglaterra en parte de 1618 y años sucesivos. Los documentos arrancan desde el 30 de marzo de 1616. Los temas que tratan son tan variados que he preferido centrarme en alguno de los temas de los que el embajador se encargó. Gondomar era un hombre muy activo y eficaz en su trabajo, de tal modo que tiene en su documentación todo tipo de asunto. En sus documentos se pueden rastrear desde su preocupación por la defensa de los católicos en Inglaterra, a los movimientos diplomáticos para lograr una boda de conveniencia entre las monarquías española e inglesa, los asuntos bélicos de Venecia, la elección del Príncipe Palatino, la situación conflictiva con Holanda, la llegada de embajadores rusos a Inglaterra para abrir un nuevo comercio, el ascenso de Dinamarca, sus opiniones acerca del estado político, social y económico de España, su salud, su falta de dinero para realizar su trabajo como enviado a Londres, la situación en la que se encontraba la Reina de Francia (de origen español)... En fin, tal cantidad de información requería que eligiera un tema, aunque en ocasiones estos se crucen. Pero fue fácil elegirlo cuando entre ellos encontré uno del que me enamoré como para poder sacar copia de todos los documentos referidos a él en estos volúmenes y leerlos como si de una novela se tratara. Se trataba de las pesquisas que el Conde de Gondomar hizo en Inglaterra para acabar con el corsario Walter Raleigh. Tema este que además era de frontera, como el profesor Emilio sola nos solicitó con preferencia a la hora de encargarnos estos trabajos a sus alumnos. Bien es cierto que no es un asunto de frontera con el Gran Turco, pero es un tema de frontera en la América del Caribe, ya que Walter Raleigh se movió por la Guayana, explorándola y no teniendo claro si actuaba en territorio español, inglés, francés u holandés.

El Conde de Gondomar hizo un trabajo persistente por conseguir el castigo y ejecución de Raleigh y el resto de corsarios que fueron con él, a los que trata como piratas. Gondomar, ya se había enfrentado a los piratas en su juventud, aunque de otro modo, había participado en la defensa de las costas gallegas y portuguesas de los corsarios que de Inglaterra partían para España y América a finales del siglo XVI, con la autorización de la Reina Virgen Isabel I. Entre ellas cabe citar las del famoso Sir Francis Drake. Habiendo pasado los años, habiendo ocupado puestos de gobierno como el de Corregidor de Valladolid (donde estaba la Corte española), y habiendo alcanzado ser el embajador español en Inglaterra, el tercero de los hasta entonces habidos desde la muerte de Isabel I en 1603, Don Diego Sarmiento, Conde de Gondomar, se dedicaba ahora a combatir a los corsarios y piratas, en concreto a Walter Raleigh, influyendo e insistiendo a Jacobo I, Rey de Inglaterra. Este Rey era católico y deseaba la paz con

España, intentando fomentar incluso un matrimonio de su hijo el Príncipe con una Infanta española. Esto disgustaba a muchos ingleses protestantes que aún tenían reciente en el recuerdo lo que la Gran Armada pretendió hacer en su suelo. Además del crecimiento de la leyenda negra antiespañola y de una política reciente de Isabel I que trataba de perjudicar a los españoles en todo lo posible. En este sentido aparecen en los documentos de Gondomar personajes ingleses que se alinean en una postura proespañola, como deseaba la Corona, o una postura antiespañola, como era el deseo de muchos. Por ello nombraremos ahora a personajes que aparecen como proespañoles tales como Sir Thomas Lake, secretario de Estado hasta 1617, Lord William Cecil Roos, embajador inglés en España en 1616, Juan Digby, embajador inglés en España tras la ida de Cecil Roos, Sir Francis Cottington, agente inglés en España favorable al matrimonio entre las dos Coronas, Jorge Villiers, Conde de Buckingham, quizá este es el más proclive a España de todos ellos. Aunque hay que aclarar que su proespañolismo se debería a dos motivos, a mi entender de estos documentos, uno: algunos eran católicos, dos: lealtad a la Corona, la cual era partidaria de una alianza con España, al menos mientras era sustentada por Jacobo I, esta podría ser por cuestiones de defensa del catolicismo (se veía rodeado de protestantes en su país, lo que podría ser peligroso para él), por su deseo de pacifismo durante su reinado, o por el fomento del comercio inglés. Aunque siempre queda decir que muchos ingleses antiespañoles trataron de romper estas buenas relaciones diplomáticas estorbando en lo posible asuntos como el matrimonio anglo-español, ayudando a los holandeses en su lucha por la independencia de España, suministrando barcos o artillería a venecianos o franceses, fomentando el corso o la piratería, etc. No es vano decir que el propio Gondomar alega que muchos ingleses veían bien las acciones de Raleigh y que criticaron a su Rey duramente cuando decidió castigarle por sus actos. Entre los antiespañoles Gondomar destaca a uno poniéndole nombre: el secretario Rafael Winwood, el cual era partidario de fomentar la revuelta y secesión de Holanda del dominio español, era anticatólico. Fomentó el viaje de Walter Raleigh, y parece ser que le animó a practicar el corso en el mar, según dice Gondomar que se intuye en una carta que Raleigh le escribió y que fue conocida por Jacobo I y por él cuando Raleigh fue preso en 1618. Pero Winwood había muerto en Noviembre de 1617, por lo que no pudo ser juzgado. Winwood influyó en la Reina de Inglaterra para que adoptara una postura antiespañola que lograra malograr los tratos para enlazar matrimonialmente a su hijo con la Casa Real española. También figura el obispo de Canterbury entre los opuestos a España (obviamente es anglicano). E incluso aparecen agentes como el embajador de Venecia, un nuncio del Papa, Mauricio de Nassau o personajes de Francia, intentando dar un giro a las buenas relaciones que estaban viviendo Inglaterra y España. Algunos de estos aparecen como incitadores a que Walter Raleigh hiciera su viaje como muestra de una Inglaterra no tributaria en nada a España. Otros estorban en otras cosas, e incluso se menciona que los venecianos favorecen al corso contra España en el Mediterráneo y África.

En cuanto a Walter Raleigh diremos que había nacido en 1554. Se convirtió en uno de los favoritos de la Reina Isabel I, llegándose a decir que fueron amantes, o bien que ella lo amaba. En 1584 le concedió un amplio permiso para explorar tierras que no perteneciesen a ningún Rey cristiano y fuesen paganas. Su idea era colonizar Norteamérica para estorbar en lo más posible a los españoles y beneficiarse de las mismas riquezas que España traía del resto de América. No obstante, el primer capítulo de la Gran Armada se había producido en 1580. Todo aquello terminó en la exploración de la costa norteamericana y en la colonización de Virginia. En 1595 Raleigh emprendió

otro viaje significativo a América. Le habían fascinado las historias sobre la leyenda de El Dorado, y se dirigió hacia la zona aurífera de Manoa, en la Guyana. Pero su comportamiento en el viaje fue de corso, ya que la Reina le había dado esa patente para que, además de sus pretensiones acerca de El Dorado, perjudicase en todo lo posible a los españoles. Quemó y destruyó pueblos, como el de San José, y robó. Llegó a penetrar en la boca del Orinoco en busca de una gran mina de oro como la de la plata de Potosí. Su exploración de la Guyana se detuvo a causa del tipo de barcos que estaba usando en aquellos ríos y fue entonces cuando decidió regresar a Inglaterra, donde contó maravillas de los lugares que había recorrido. Le hizo regalos valiosos a la Reina de lo que había logrado y esta le nombró Sir, capitán de guardias y director de las minas de estaño de aquella zona. Teóricamente tenía derecho a la Guayana, pues era un territorio que aún no habían pisado ni españoles ni portugueses, por más que, aún así, pertenecía a España por bula papal. Pero, efectivamente, desde 1604, la Guyana, la Guayana, y Surinam serían territorio de colonización y reparto entre franceses, ingleses y holandeses. Al morir Isabel I en 1603 Raleigh perdió todos los favores reales, a favor de Robert Cecil, lo que le creó una gran enemistad que le unió a Lord Cobham, también caído en desgracia. Junto a un ministro residente francés, Beaumont, y al embajador extraordinario francés Rosny, posterior gran Sully, y tras hablar con el archiduque Alberto, conspiraron contra el Rey Jacobo I. Pero fueron descubiertos y encerrados en la Torre de Londres. Raleigh permaneció prisionero desde 1603 hasta 1616. Años en los que el pueblo inglés le recordaba y ensalzaba como a un héroe por sus actos pasados de colonizador de Virginia y corso en América, era un representante de las aspiraciones antiespañolas. Él escribió en su cautiverio una *Historia Universal*. Robert Cecil murió en el interin. La Reina de Inglaterra, el Príncipe de Gales y el Rey de Dinamarca intercedieron por él ante Jacobo I, que no cedió. Raleigh pagó mil libras a los tíos de Buckingham, logrando que el Duque de Buckingham intercediese por él ofreciendo al Rey el antiguo proyecto de hallar la mina de oro en la Guyana, la cual solucionaría los problemas económicos que el mismo Rey tenía. Winwood se puso del lado de Raleigh, tal vez por medio de un cohecho. Por medio de la presión Jacobo I cedió a la liberación de Raleigh para que buscara la dicha mina en la Guyana. Esto ocurría el 26 de Agosto de 1616. El Conde de Gondomar, sabedor de las tropelías pasadas de Raleigh en el Caribe, comenzó entonces un intenso trabajo para detener a Walter Raleigh en sus pretensiones. Pero todo eso será tratado a continuación cuando expongamos lo que los documentos consultados del embajador nos han dicho.

Los volúmenes Consultados

Antes de comenzar a narrar los contenidos de los documentos que nos han de narrar lo que en torno a los ámbitos diplomáticos ocurrió en cuanto a los últimos años de la vida de Walter Raleigh, creo necesario reseñar las estructuras y contenidos de los dos volúmenes consultados, ya que pensamos que la asignatura a la que pertenece este trabajo (métodos y técnicas de investigación histórica) requiere que se hable de la fuente usada. Los volúmenes ya han sido citados al comienzo de este trabajo. Se trata de una ingente colección de documentos referentes a la Edad Moderna debidamente ordenados en cronología y temas y materias a tratar. Los dos primeros volúmenes, usados por mí, tratan en concreto sobre la correspondencia oficial del Conde de Gondomar como embajador español en Londres, empezando tales documentos con una carta enviada a Thomas Lake el 30 de Marzo de 1616 acerca de Walter Raleigh. Con lo que faltaría la

documentación oficial como embajador en Londres precedente (Gondomar ocupó el cargo desde 1613). Parte de los documentos inéditos ya habían sido previamente publicados en un estudio publicado por Don Ciriaco Pérez Bustamante, y en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, imprimida en Madrid en 1842 en la imprenta de la viuda de Calero, y reimprimida por Kraus Reprint Ltd., en 1964 en Vaduz, dirigida por Don Martín Fernández Navarrete, Don Miguel Salvá y Don Pedro Sainz de Baranda, pertenecientes a la Academia de la Historia. Esta última no responde a orden de temas, mezclándolos todos y haciendo caso a algún tipo de orden cronológico. En los *Documentos inéditos para la Historia de España*, el Duque de Alba y resto de nobles citados al comienzo introducen textos inéditos a los ya publicados y los ordenan con coherencia cronológica y temática.

El equipo de nobles intenta dar un mayor espectro a los hechos de los que trata el Conde de Gondomar, insertando algunas cartas y documentos esclarecedores o relevantes sobre algunos asuntos, que de otro modo se quedarían cojos al no saber de su contenido y referirse el Conde a ellos en cartas posteriores. Serían de personajes tales como el Duque Buckingham, el Rey Jacobo I, o el propio Walter Raleigh. Pese a todo, la mayor parte de documentos pertenecen al embajador español. Y aún así, los autores reconocen que podrían faltar documentos que se encontrarían en algún archivo o en otros países. La transcripción es en castellano antiguo, pero con letra de imprenta contemporánea, por lo que no podemos hacer interpretaciones paleográficas diferentes a las que se ofrecen. Sin embargo la edición de los textos está muy cuidada y su proemio y anotaciones están bien estudiados, por lo que no parece, en principio, que debamos desconfiar de una mala interpretación paleográfica de los documentos originales. La mayor parte de los documentos son cartas de Don Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, al Rey español Felipe III o al Duque de Lerma (lo que venía a ser casi lo mismo al ser este valido del Rey y ocuparse del gobierno de España). Pero también hay cartas a personajes ingleses como al propio Rey de Inglaterra, Jacobo I, al secretario de Estado Thomas Lake, o al Duque de Buckingham (por entonces Marqués). También las hay a personajes ni españoles ni ingleses, como al archiduque Alberto de Austria, soberano de los Países Bajos. Aparte de cartas también aparecen despachos, recomendaciones, fianzas económicas, remiras de barcos, epístolas, billetes, copias de cartas, alegaciones, papeles simples, una proclamación del Rey de Inglaterra, representaciones, decretos, memoriales, misivas, una arenga y un pasquín.

El primer volumen, que fue impreso en la Tipografía de Archivos de la calle Olozaga, nº 1, de Madrid en 1936, es publicado por los nobles citados al comienzo salvo por el Conde de los Andes. Este volumen arranca con la intervención que el Conde de Gondomar comienza a hacer diplomáticamente respecto al caso de Walter Raleigh. Buena parte del ejemplar es en torno a Walter Raleigh, lo que da idea de la gran importancia que le concedió el embajador a tal asunto. Pero también tienen cabida los asuntos relacionados con el catolicismo en Inglaterra, los problemas con Holanda (hay varias cartas al archiduque Alberto), la elección del príncipe Palatino y los problemas de España con Saboya y Venecia, la situación de las relaciones entre Inglaterra y Francia (las cuales prefiere Gondomar distanciar para que no sean aliados), los problemas económicos del embajador, las recomendaciones políticas para nombrar nuevos cargos, las relaciones inglesas con Rusia, el Oriente y Dinamarca, y sobre la concertación de un matrimonio Real entre la Casa Inglesa y la Casa Española. Los temas que ocupan una mayor parte de los documentos son los tocantes a Walter Raleigh, al matrimonio Real, a

los Países Bajos, a las relaciones franco-alemanas y a los problemas que suscitaba la elección Palatina, desde la diplomacia en Inglaterra. Se abarca la documentación desde Marzo de 1616 a Junio de 1618.

El segundo volumen fue impreso en la Imprenta de la Viuda de Estanislao Maestre, en 1943 en Madrid, siete años después del primer volumen y con el intervalo de la guerra civil española desde la misma fecha de 1936 a Abril de 1939. Los autores son todos los nobles citados al comienzo, incluido el Conde de los Andes, pese a que uno de ellos había muerto en el interin de un volumen y otro. El arranque de este otro ejemplar es con un billete de recomendación que hace el embajador al Secretario de Estado español, Juan de Ciriza, acerca de un personaje inglés. Los temas que ocupan el volumen son el final de Walter Raleigh, problemas económicos del embajador, recomendaciones a cargos, intrigas dentro de la Corte Inglesa, relaciones anglo-francesas, los problemas con los Países Bajos tratados desde Inglaterra, los asuntos de centroeuropa en relación a la elección del Palatino (no hay que olvidar que faltaban pocos años para que se iniciara la Guerra de los Treinta Años), quejas al Duque de Úceda (que destituyó a su padre, el Duque de Lerma, como valido del Rey de España, cosa que Gondomar veía en su perjuicio y en el de Calderón -Gondomar, Lerma y Calderón ascendieron juntos políticamente-), el trato a los católicos en Inglaterra, lo que desde Inglaterra se sabe de Francia respecto a España, y la posible boda a realizar entre la Corona inglesa y la española. Los temas centrales son el final de Walter Raleigh, al comienzo del volumen, los problemas económicos del embajador y las recomendaciones a cargos que hace, el asunto de Holanda tratado desde Inglaterra y las conspiraciones francesas en general. El periodo de tiempo afectado es del 29 de Junio de 1618 a Marzo-Abril de 1620. Con este análisis de los dos volúmenes consultados me parece suficiente la exposición hecha acerca de las fuentes usadas. Por ello, vamos ahora a exponer el contenido de los documentos de Gondomar acerca de Walter Raleigh.

Acciones diplomáticas contra Walter Raleigh.

La correspondencia que el Conde de Gondomar le dedica a Walter Raleigh en 1616 es poca. Ese año, como ya se ha dicho, Raleigh logró salir de su cautiverio en la Torre de Londres gracias al cohecho y al ofrecimiento a Jacobo I de grandes ganancias de una mina de oro en la Guyana, no perteneciente al Rey de España. Las presiones políticas del secretario Winwood sobre el monarca, y la influencia del Marqués de Buckingham, la Reina, el Príncipe, el pueblo, y diplomáticos extranjeros antiespañoles, hicieron que ese año Raleigh saliese de su cautiverio a cambio de que hiciese el tal viaje con beneficios para la Corona inglesa. Este hecho llamó la atención del embajador español, que trató de impedir que se realizase el dicho viaje, por ser considerado un ataque a las posesiones españolas en tiempos de paz entre Inglaterra y España. Por todo ello informa sobre esta consideración al Secretario de Estado inglés, Thomas Lake, en Marzo. Sin embargo la liberación de Raleigh se transforma en un hecho, por lo que para Noviembre el Duque de Gondomar había reunido información acerca de Walter Raleigh. Cuenta con buena información de Estado acerca de los actos de corso que este hombre había realizado en 1595 en Trinidad y Orinoco, además de informarse acerca de la mina de oro de la que habla, la cual sí conocía España a través del cronista Antonio de Herrera. El embajador ha intentado por todos los medios persuadir de la no realización del viaje y estorbarlo en lo más posible, pero el dinero que Walter Raleigh va gastando en lograr

su propósito, y que va prometiendo a su vuelta, hacen de todos sus esfuerzos una inutilidad. Por más que Gondomar defiende el territorio de la Guyana como español, este poblado o no por españoles, no encuentra respuestas favorables. Por otra parte, el ensalzamiento de Raleigh por parte de muchos ingleses era otro inconveniente para que Gondomar pudiera lograr su objetivo. Gondomar recomienda crear presidios en Guyana para prevenir la posible llegada de Walter Raleigh, por más que él seguiría intentando entorpecer el viaje desde Inglaterra. Cosa que le parece difícil, ya que el secretario Winwood lleva con secreto todo lo relacionado al asunto y la preparación de la expedición. Aún con todo Gondomar había podido averiguar que se estaban armando de modo rápido unos diez navíos con mucha artillería y una tripulación de más de mil hombres, entre ellos algunos nobles.

En Octubre las diligencias del Conde parecen haber dado algún fruto, pues Jacobo I le ha prometido que o bien Raleigh no partiría a América, o bien si lo hacía sería pagando fianzas y llevando vigilancia que impidiera agravar a español o propiedad española alguna. Sin embargo, Gondomar tiene informaciones acerca de que la flota se sigue armando muy deprisa, y que si no acababan de armar los diez barcos le parecía seguro que Raleigh saldría cuanto antes aunque fuese con la mitad. Por ello insiste al Rey en crear presidios en la Guyana para prevenir su venida, aunque él cree que en un corto plazo lo más que se acercaría por esa zona serían algunos contrabandistas en busca de palo de Brasil. El 30 de Noviembre escribe un despacho a Felipe III, el cual no lo recibe hasta el 1 de enero de 1617. El asunto parece haber adquirido gran importancia, ya que el embajador dice haber hablado de él incluso dos veces en una semana con el Rey inglés. En las entrevistas el Conde ha expuesto que conoce la preparación del viaje de Raleigh y opinó que el viaje sólo se hacía para atacar y dañar las posesiones españolas en América, en tiempos de paz entre las dos potencias, por lo que podría traer nefastas consecuencias en las relaciones entre los dos Estados. Jacobo I adujo que Walter Raleigh le había asegurado que iba a una tierra de América que no era posesión española y donde jamás había estado español alguno. Y que traería de allí tesoros y oro de Reyes indios tales como los que hubo en Perú. La presión del pueblo inglés y de su consejo de Estado le habían forzado a admitir el viaje, pues entendían que si lo impedía era por presión española lo que le desmerecía como Rey de Inglaterra al comportarse bajo los designios de otro monarca. Pero impuso la condición al viaje de que no perjudicaría y dañaría la propiedad o vida de los aliados de Inglaterra, bajo pena de ser ahorcado a su regreso. Gondomar aún refiere otra entrevista más sobre el asunto, esta vez con el secretario del consejo, Winwood. Este hombre, proclive a dañar los intereses españoles, como ya se dijo, le dijo, fingidamente (como los acontecimientos lo dicen después), que él consideraba que Raleigh volvería a Inglaterra antes de que llegase a ver siquiera América, pues su promesa sólo era una estrategia para salir de su prisión, por lo que le pedía a Gondomar que no le diera importancia al asunto y dejara de tratar impedirlo. Le decía que iría con dos o tres barcos y que peores daños les hacía Francia potenciando a auténticos corsarios, mientras Inglaterra hacía tiempo que ya no lo hacía (desde Isabel I). Le llegó a ofrecer una entrevista con Walter Raleigh que Gondomar rechazó.

Gondomar obtuvo otro logro, y fue que la compañía de gente que se había unido a Raleigh disminuyó por miedo a la condición del Rey de ahorcar a quien hiciese de corso en compañía de Raleigh si en el viaje atacaban a español alguno. Lo que indica que efectivamente los que se apuntaron a la empresa eran conscientes de los actos piráticos

(ya que no tenían la patente de corso) a los que se apuntaban al apuntarse al viaje. No obstante la fama de Raleigh era, en parte, por su pasado como corsario. Pero es consciente también el embajador de que se le ocultan los navíos que van a participar y cree que no sólo se arman en puertos ingleses, sino también en puertos holandeses. Al Conde sólo le queda especular sobre el tamaño y efectivos de esa flota y sobre la fecha de su partida. Anticipa que si no descubre la mina que prometió es consciente de que haría actos de pillaje y piratería, vaticinando que entonces no regresaría a Inglaterra, para no ser ahorcado, e iría a Holanda o Saboya, donde le amparasen como corsario alguno de los enemigos que por entonces tenía España. El viaje tenía otras connotaciones políticas, y eran las de mantener la autoridad y dominio de España en esa zona del Brasil americano, pues alude a las pérdidas territoriales que hasta entonces habían tenido en ese territorio a causa de portugueses y franceses. No debían proseguir esas pérdidas. Por ello aconseja dar un fuerte castigo ejemplar a Walter Raleigh cuando se tuviese oportunidad, sin romper los lazos de unión con Inglaterra, quien ya de por sí se había comprometido a ahorcar a Raleigh si obraba en perjuicio de España. Así estaban las cosas al acabar el año 1616.

En los primeros meses del siguiente año la empresa ha cobrado un cariz tal que ya parece ser del todo inevitable. Mientras el Conde sólo puede recordar una y otra vez los males que creará Raleigh en América y la promesa del Rey de ahorcarlo, así como del derecho del Rey de España de tomar medidas contra los ingleses que le ataquen, el Conde de Buckingham le informa de que le avisará de cómo está compuesta y armada la flota de Raleigh, tal como el embajador le solicitó a Jacobo I. Parece ser que, si bien no lograba evitar el conflictivo viaje, tiene ciertos logros diplomáticos y cierta influencia en el Rey inglés. Empero el seis de Abril Gondomar seguía sin saber siquiera el número concreto de naves que partirían, ni cuando. Especula que zarparían pronto y que serían unas seis. Dice que entre la tripulación inicial muchos habían dejado de participar en la empresa (en parte por sus logros diplomáticos). Entre los que iban había ingleses que no eran desfavorables a los españoles, pero que irían ya que le habían afirmado personalmente que sería por ver con sus ojos que no había mina de oro alguna en la Guyana, lo que traerían como noticia a Inglaterra para desengañar a muchos otros posibles aventureros futuros. Esto bien suena a excusa de cara al embajador, pues no decían que ocurriría de sí existir una mina de oro, aparte de los hechos que ocurrieron en el viaje. Agrega otra noticia de interés, los nombres del principal aval de Walter Raleigh, el Secretario Winwood (que ya citó en otras cartas) y el embajador inglés en Francia, Don Tomás Edmonds, quienes pretendían que Jacobo I retirase su promesa de ahorcar a Raleigh si dañaba los intereses españoles o a español alguno, razonando que entonces eso también podría ser aplicable a ellos, por sustentar el viaje.+

Al día siguiente de escrita esa carta se creó una fianza por la que Walter Raleigh le daba al Rey inglés cuarenta mil escudos en promesa de que no dañaría a ningún amigo ni aliado de Inglaterra. Así mismo, el embajador sabe con certeza que serán siete los navíos que irán en la expedición, ya que son anotados en la fianza. El más grande de todos sería *El Hado* (cuatrocientas cuarenta toneladas), donde viajaría el propio Walter Raleigh llevando por capitán a su hijo, también llamado Walter, y a Robert Barroique como maestre. Su tripulación sería de doscientos hombres. El siguiente navío sería *La Estrella* (o *Jasón*), de doscientas cuarenta toneladas, capitaneado por John Penington, y siendo el maestre George Clevingham. Llevaría a ochenta hombres de tripulación y un caballero. El tercer barco era *El Encuentro*, de ciento sesenta toneladas. Su capitán era Edward Hastings, y su maestre J. Thomas Py, con cincuenta marineros. El cuarto era *El*

Juan y Francisco (o El Trueno), de ciento sesenta toneladas. Por capitán llevaba a Don Warhamo Senthigero, y por maestre a Guillermo Gardiner, con sesenta marineros, diez soldados y seis caballeros Aunque Raleigh dudaba acerca de si este barco habría de ir. El quinto, *La Juana Voladora*, de ciento veinte toneladas. Su capitán, John Thidley, su maestre, Guiliermno Thorne, con veinticinco hombres. El sexto era *El Southhampton*, de ochenta toneladas. Su capitán, John Bailey, su maestre, Filipe Fabián, con veinticinco marineros y dos caballeros. El último era una pinaza llamada *El Paje*, de veinticinco toneladas. Llevaba por capitán a Diego Barquer, y por maestre a Esteven Selly, con tan sólo ocho marineros.

El 26 de Junio Gondomar escribe una carta al Rey de España, que no recibe hasta el 7 de Agosto, en la que dice que Raleigh había ido al puerto de Plymouth, donde permanecía falto de dinero y bastimentos desde hacía poco más de una semana. Su intención era partir cuanto antes, para evitar que eso empeorara. Sólo que dudaba de ir a la Guyana, y pensaba ir a las Indias Orientales pasando el cabo de Buena Esperanza. El capitán holandés Spielberg, de la Compañía de Amsterdam, se comprometía a informar sobre la posible llegada de Raleigh al Mar del Sur si eso ocurría. El embajador añade una post data en la que informa que Raleigh efectivamente había partido ya con los siete navíos y con mala provisión de bastimentos, aunque sí con mucha artillería y municiones. El 3 de Agosto se tenían noticias de que Raleigh había arribado en Irlanda para poder proveerse mejor de los bastimentos que le faltaban. Allí muchos ingleses le dieron lo que pudieron, y en concreto un Barón le llegó a entregar hasta cien vacas. Tan rápido auxilio encontró que el día nueve podía volver a partir sin problemas. Lo que da una idea del prestigio que había adquirido por su pasada fama de colonizador de Virginia y antiguo corsario antiespañol de Isabel I. Pero además, se le habían unido en aquella isla varios navíos pequeños de veinte y treinta toneladas, creando una flota de total de trece o catorce embarcaciones, que aportaba entre novecientos y mil hombres de mar y guerra.

Gondomar había podido hacerse con algunas cartas de personas que viajaban con Raleigh. Las habían escrito desde Canarias. De esto nos informa el 22 de Octubre. Una de ellas, la que él destaca, es la del artillero mayor de la nave capitana. En ellas lee que se han dirigido a Canarias para hacerse con más bastimentos para el largo viaje, así como de agua. Gondomar ve en ello que habría ya males para castigarle, ya que lo considera un robo a España, al no haber solicitado permiso. Recomienda al Rey de España que si se hiciesen con tan sólo una vaca, en respuesta confiscasen todo un navío inglés que en Canarias estuviera. Pensaba que John Digby, el embajador inglés en España, estaría de acuerdo en esto. La idea era crear castigo y forzar al inglés a acudir a Inglaterra para recobrar lo confiscado, lo que serviría para que fuese preso por robo a España. Gondomar inserta en esa carta un largo Post Data en la que habla de cómo el Secretario de Estado Thomas Lake, le aseguraba que Jacobo I seguía dispuesto a castigar cualquier agravio a los españoles si lo hubiera. Mientras el Secretario Winwood le intentaba convencer de que Walter Raleigh no había partido de Inglaterra para hacer mal alguno a los españoles. Sin embargo, el embajador tiene los testimonios del capitán Bailey, el cual había abandonado la flota de Raleigh para regresar a Inglaterra. Este relató que el gobernador de Canarias le ofreció bastimentos a Raleigh, puesto que era un navío inglés y España estaba en alianza con Inglaterra, pero Raleigh había preferido dirigirse a Lanzarote, donde pretendía fortificarse a la espera de la llegada de la flota que habría de venir de Indias cargadas de oro, plata, y diversos productos. La idea de

asaltar la flota hizo que Bailey optará por la desertión, ya que pensaba que se enrolaba en un viaje de exploración y colonización de nuevas tierras no ocupadas. Se había refugiado en la isla de Wight, ya que los que favorecieron a Raleigh se sentían molestos con su regreso. Estos intentaron enturbiar sus declaraciones diciendo que era un servidor del Rey de Francia que buscaba enemistar a Inglaterra y España para que comenzara una guerra marítima que le beneficiara. Palabras tales que Gondomar no cree, ya que piensa que Bailey decía la verdad. Sobre todo con la confirmación que de ello le hace posteriormente el Conde de Southampton, con informes propios, en los que además añade que en Canarias se han unido a Raleigh algunos barcos franceses. De hecho cree que los funcionarios de Sevilla y Canarias habrán aportado mejores informes acerca de los robos y la fortificación en Canarias, por lo que recomienda embargar temporalmente los bienes y barcos de los ingleses en Sevilla y Canarias. El desembarco habría de producirse cuando se castigase a los corsarios ejemplarmente y se restituyera, con ello, los daños que causaron. Gondomar trata a los de Raleigh, y al mismo Raleigh, como piratas y no como corsarios. Ciertamente no tenían patente de corso, e incluso tenían órdenes de no dañar ni a español ni a interés español alguno, por lo que sus actos podrían ser considerados de piratería y no de corso. Sin embargo, los participantes actuaron, como se verá, pensando que hacían un buen servicio a la Corona inglesa, lo que es un comportamiento de corsario, sin olvidar que el permiso del viaje les vino de Jacobo I, y que gente como Winwood les daba comisión para actuar como corso, de modo tácito. El Conde de Gondomar no puede menos de volver a recomendar a Felipe III un castigo ejemplar a los corsarios en el puerto de Sevilla, una vez atrapados, para así evitar conflictos diplomáticos mayores con Inglaterra, Francia y Holanda. Se lamentaba, muchas veces, del poco caso que en Inglaterra se le hizo de sus advertencias acerca del mal que Raleigh habría de hacer a España en ese viaje. Thomas Lake y otros nobles ingleses, como el de Buckingham o Feruton, confirman los males que Raleigh pudiese estar haciendo en Canarias. El embargo en Sevilla se produce el mismo mes de Octubre, cosa que el embajador ve bien como futura prevención de que apareciesen otros Walter Raleigh envalentonados por ver que no había castigo. Sin embargo, y aunque sigue tratando a Raleigh como a un pirata, le recomienda ahora al Rey que trate con cuidado el asunto del castigo ejemplar de Raleigh cuando sea atrapado, pues no obstante su viaje a América tenía permiso de Jacobo I.

El 15 de Noviembre el embajador informa que el mismísimo Rey de Inglaterra había hablado con Bailey y otro marinero. La situación de la flota de Raleigh, según este capitán, era que se encontraba dividida entre los que apoyaban a Raleigh y los que estaban descontentos porque consideraban que actuaba como un pirata. Algunos de los que apoyaban a Raleigh llegaban a decir que este no obraba malintencionadamente. Jacobo I no debió ver claros los hechos que imputasen a Raleigh, ya que dudaba sobre el asunto y se había carteadado con Digby para que le informase de lo que se sabía al respecto en España. Además, solicitaba lo mismo al Conde de Gondomar. No deseaba que la paz entre España e Inglaterra se quebrase, y mucho menos que Inglaterra fuera la responsable de un modo tan traidor y poco honroso. Sin embargo, las declaraciones de Bailey no le habían dejado indiferente y, pese a que duda, cree que Raleigh ha cometido tropelías contra los españoles, por lo que manda a Buckingham entregar los informes de Bailey a Gondomar, y hacerle decir que castigará a Raleigh duramente si todo es verdad. La esposa de Raleigh comenzó entonces una serie de protesta pidiendo justicia para el nombre de su marido, el cual cree ensuciado por mentiras de Bailey. Su voz es muy escuchada en Londres por los que no apreciaban a los españoles. Gondomar

solicitaba a Felipe III que en Sevilla y Canarias se advirtiese a todos los marinos ingleses de lo que les podía ocurrir (respecto al embargo) si dañaban los intereses españoles. Se quejaba, por último, en esta carta, de que no se le informó bien de los navíos y personas que en ellos habría cuando se le entregó la copia de la fianza, y como muestra alega de los diversos datos que a reunido por otros medios.

Un hecho que no puede pasar por alto es informado ese mismo día al Rey de España. Winwood había muerto de calenturas el día siete. Gondomar informa de lo beneficioso de esta muerte para España, ya que era un conspirador que pretendía favorecer a los holandeses en su independencia, acabar con los católicos y separar a Inglaterra de España, siempre con los juegos encubiertos de la diplomacia, los cuales habían sido muy al descubierto en los últimos tiempos con su protección a Walter Raleigh y su oposición a una boda entre las dos Casas Reales aliadas. Raleigh se quedaba de este modo sin un protector político fuerte y claro. Gondomar piensa que las fiebres que le llevaron a la muerte se debieron a los testimonios que trajo Bally incriminando a Raleigh, y a la, cada vez más clara, postura de Jacobo I de castigar al corsario por actuar de ese modo, todo lo cual llevó a Winwood a un gran temor por su seguridad y a una fuerte presión que su salud no pudo haber resistido.

1617 se cierra, respecto al asunto del que nos ocupamos, con una carta del 30 de Diciembre donde se cita que Felipe II está ya bien informado de los males que Walter Raleigh había provocado en Canarias. Como estos hechos disgustaban a ambas Coronas, Inglaterra y España iban a formar una armada conjunta para atacar y acabar con cualquier pirata en el mar. Tal vez también se refiera a corsarios, bucaneros y filibusteros, pero Gondomar en su correspondencia sólo habla de piratas en cuanto a criminales en el mar. Por lo que la dicha flota podría pretender acabar con todas las modalidades referidas.

En los primeros meses de 1618 se sabe muy poco acerca del corsario. Los partidarios de él han crecido en número en Inglaterra, y a muchos los encabeza su esposa. Bailey es perseguido por todos los que le consideran un traidor, por lo que ha de huir constantemente. El 20 de Febrero uno de los capitanes de los que llevaba la flota, Pedro Ale , había regresado a Inglaterra, abandonando a Raleigh. Cuenta que en el viaje han muerto muchos, y que sólo en la capitana habían muerto ciento cincuenta marineros. Raleigh se dirigía a Guyana queriendo entrar por el río Orinoco, como le había expuesto en su momento a Jacobo I para encontrar la mina de oro y el puerto que le prometió. Gondomar no puede menos de desear la muerte de Raleigh en esas tierras o su desesperación y regreso por no hallar nada. Confiaba en que Felipe III habría creado en el lugar los presidios para defender el territorio que le recomendó en las fechas de 1616. El 26 de Marzo otro barco de la flota de Raleigh llegó a Portsmouth abandonando a este. Trae noticias de la mala provisión de bastimentos que llevaban y de muchas muertes que se habían producido entre los que viajaban, entre ellos Robert Barroique. Habían equivocado la entrada por el río Orinoco y entrando por otra boca de río de corrientes muy peligrosas. Por ello la gente estaba muy desesperada y descontenta y muchos habían escrito cartas para el Rey, las cuales deseaban enviar en el mismo barco que traía estas noticias. Una de las cartas que había sido escrita por un caballero fue interceptada por Raleigh. En esta leyó que se barruntaba un motín que acabaría tirándole por la borda si las cosas seguían mal. Raleigh quiso castigarle pero su tripulación se lo

impidió. Gondomar piensa que estos hombres o bien morirían o bien se entregarían a la más pura piratería en el Caribe.

El 24 de Junio habría de escribir la carta con una de las informaciones más decisivas para el futuro de Walter Raleigh. En Mayo había llegado otro barco de los del corsario a Plymouth. En este se portaban importantes cartas y testimonios de lo que los hombres de aquella flota habían hecho. Había diversas cartas de Raleigh a varias personas de Inglaterra, entre ellas una dirigida a Winwood, creyendo él que este aún vivía. Esas cartas se unían a los testimonios de los viajeros y a los del capitán Parker, capitán del susodicho barco. Se decía que Walter Raleigh hijo había dicho, antes de partir de Inglaterra, que su padre dudaba acerca del lugar al que irían, no tenía decidido el destino final, por mucho que había prometido llegar a las minas de oro de la Guyana, que decía conocer. Pero esa no era la información más importante. Walter Raleigh padre había regresado a Inglaterra el 14 de Junio. Gondomar solicitaba que le embargasen todas sus naves y le hiciesen preso. Aunque esto se hace, el embajador desconfía del celo con el que se hace, pues dice que los embargadores declaraban que consigo llevaban cosas de poco valor como tabaco y algunos jarros. Gondomar cree que había podido esconder las posibles riquezas que hubiese podido robar. En cuanto a los actos piráticos que habían realizado, todos los participantes echaban la culpa a los muertos, pese a que lo que decían que estos robaron lo llevaban ellos mismos, los vivos. Gondomar es consciente de que el Rey inglés desea castigar a Raleigh y agradar a España demostrándole que no era su intención atacarla. Por ello Jacobo I hace lo posible por aclarar todo el asunto y solucionarlo tal como si hubiesen atacado a otros ingleses. Pese a ello, el embajador se aventura a recomendar a Felipe III que no se paré sólo en embargar las posesiones inglesas en Canarias y Sevilla, sino que detuviese a todo inglés sospechoso en esos sitios y en las islas de Madeira y las islas Terceras, ya que ahora sabía que en todos esos sitios Raleigh había ocasionado matanzas, robos y daños varios, tanto en mar como en tierra. Consideraba que los ingleses que estaban en esos puertos eran sabedores de tales actos y, por tanto, cómplices. Aconsejaba tomar declaración a todos los capitanes y maestros ingleses que en esos lugares encontrasen. Además, debían vender sus barcos embargados para poder acumular dinero con el que indemnizar los daños causados. Consideraba que eso no daría pie a la guerra, sino a mantener la paz, ya que los castigos ejemplares harían ver que en tiempos de paz España seguía siendo igual de fuerte, por lo que así se evitaría el surgimiento de más piratas o corsarios, así había funcionado al menos con el caso del corsario holandés Juliers.

Walter Raleigh intentaba defenderse de las acusaciones alegando que la Reina Isabel I le había otorgado las tierras del río Orinoco por él descubiertas y exploradas. Enrique IV de Francia también le había permitido conquistarlas y poblarlas. La población y fortaleza de Santo Tomé que encontraron al llegar era una creación posterior de España, tras de saber anticipadamente a causa de Gondomar que él viajaba a esas tierras. Consideraba, pues, que los españoles eran quienes usurpaban un territorio que era inglés, y además de su control. Ese puerto de Santo Tomé era imprescindible, según él, para obtener la mina de oro de la que hablaba. La diplomacia española consideraba esas otorgaciones de Isabel I y de Enrique IV echas sin fundamento alguno, y era tanto como otorgar el Rey de España invadir Inglaterra para ocupar Holanda de forma más efectiva. Razón que Jacobo I creía cierta, lo que le llevaba a querer impartir justicia. Pero la justicia sería difícil de impartir, ya que muchos callaban muchas de las cosas que

hicieron en América. Gondomar, además, era de la opinión de que no habría de bastar con restituir lo robado, sino que también se debía dar el castigo prometido años atrás.

La carta encontrada de Walter Raleigh para Winwood parecía confirmar, por su redacción, que los ataques a españoles realizados eran del gusto de la Corona inglesa, o sea, en realidad, de Winwood y otros diplomáticos. Lo que en cierto modo hacía de Raleigh que siguiese siendo un corsario, sin patente de corso esta vez, y no un pirata. ¿Cómo explicar sino que regresara a Inglaterra, sabiendo que le podrían ahorcar por lo hecho, y no buscarse refugio en los dominios de alguno de los enemigos de España? Raleigh relataba que durante el viaje a América les sorprendió grandes tormentas en el mar y escasez de provisiones, lo que trajo una enfermedad que mató a varios marineros. A la altura de Cabo Verde habían perdido áncoras, cables y agua de varios barcos. Habían llegado a la Guyana el 13 de Noviembre de 1617, aunque pararon en el río de Galiana y no en el Orinoco. Allí desembarcaron a los enfermos y fueron ayudados por unos indios que Raleigh decía conocer ya de tiempo atrás. El propio Raleigh estaba tan débil que estaba cerca de la muerte, de no ser por los cuidados de esta gente. Ordenó entonces ir al Orinoco a cinco barcos bajo las órdenes del capitán Keymis. Debían buscar las minas de oro. Había cinco capitanes más con cincuenta hombres bajo el mando del capitán Parker y el capitán North (que años después volvería a aparecer en la correspondencia del Conde de Gondomar). Walter Raleigh hijo capitaneaba la tercera compañía. Thorne la cuarta. El capitán Thidley llevaba la quinta y era el lugarteniente del propio Raleigh padre, aunque el sargento mayor era el capitán holandés Piggot, que murió en el viaje. Warren, su otro lugarteniente, un sargento, estaba enfermo de modo terminal, por lo que Raleigh nombró a su primo George Raleigh como segundo lugarteniente, pero este no era obedecido. El caso ocurrido, según los relatos de Raleigh es que llegaron de noche a cierto lugar buscando un puerto, sin darse cuenta de que estaban pasando por delante de una fortaleza española, Santo Tomé. Las consideraciones de Raleigh acerca de la legitimidad de esta ya están dicha, añadiremos aquí que él creía que tenían instrucciones de acabar con ellos, ya que estaban avisados del viaje, cosa que se puede dar por cierta, teniendo en cuenta las recomendaciones de Gondomar a Felipe III. Los españoles dispararon primero, según Raleigh siempre, en cuanto vieron pasar un barco no español. De ahí que se entablara una lucha en la que murió el propio hijo de Raleigh de un disparo. Aún con todo, los cincuenta corsarios malnutridos combatieron a muerte y acribillaron a los españoles matándoles a todos, según se describe en otro documento, haciendo tantos agujeros en las paredes que no era posible que dentro de la casa pudiese quedar vivo nadie. Entretanto, Raleigh con el resto de los hombres y barcos deseaba asaltar a la Armada de España, pero reconocía su inferioridad y prefirió esperarla, llegándose a plantear la posibilidad de quemar los barcos y plantar cara a la Armada hasta morir todos en su defensa. Pero la Armada se había quedado en la isla de Margarita esperando que su flota pasase por allí, forzosamente, para ir al resto de las Indias Occidentales para quedarse o por necesidad de aprovisionarse para regresar a Europa. Raleigh cree haber obrado correctamente en servicio de Inglaterra y se queja a Winwood de que todos esos males se debían a las informaciones que Gondomar había podido obtener acerca de su flota antes de partir de Inglaterra. Sabía con detalle el corsario de cuando y a que gobernadores les llegó avisos de España sobre su viaje. Keymis aún se enfrentaría a los españoles a su regreso junto a Raleigh, cuando al desembarcar en una orilla se encontró con unos mosqueteros que mataron a dos de sus remeros e hirieron muy malamente a Thorne. Los corsarios habían tomado Santo Tomé, pero se veían asediados por ataques españoles. Por todo ello,

muchos ya no veían provecho alguno en aquel viaje, ni creían que la mina de oro fuera real, a causa de un paisaje de selva muy espesa. Y de haberla, pensaban, estaban tan agotados que no podrían trabajarlas y sacarlas ningún provecho sino era con esclavos negros. De hecho sí existían dos minas de oro, pero en manos españolas. Keymis las abandonó por imposibles de explotar, y por estar en posesión española, cosa que disgustó a Raleigh. Según él esa acción le dejaba mal delante de Jacobo I, con quien se había comprometido a explotarlas a cambio de su libertad. Había sido la definitiva deserción del capitán Thidney la que hizo considerar necesaria su vuelta a Inglaterra para defenderse, ya que había obrado, según su parecer, a favor de los intereses de Inglaterra.

Keymis se había negado a conseguir la mina de oro a causa del enfrentamiento con los españoles donde murió e hijo de Raleigh. Consideraba que habían quebrantado con ese acto la condición real de no atacar a los intereses españoles y que serían ahorcados todos. Solicitó a Raleigh unir sus versiones acerca de que ellos jamás intentaron ir a la mina de oro, para así defenderse mejor en Inglaterra. Como Raleigh se negara a hacer tal cosa, por respeto al Rey, al que le había prometido lograr la mina, Keymis se suicidó. El suicidio fue un tanto raro, aunque parece no haber ninguna otra versión acerca de este. Fue a solas en su camarote. Se había disparado en el pecho con un pistolete tan pequeño que Raleigh afirma que sólo le habría quebrado alguna costilla, pero en la espalda tenía atravesado un cuchillo que le desangró. Sólo cabría pensar que lo colocó allí por si el pistolete fallaba caer sobre él. Cerraba la carta Raleigh confesando su intención de regresar a Inglaterra, cosa para la cual ya había hecho alguna preparación.

Una carta del capitán Parker confirma estos hechos, dando algunos detalles que yo ya he incluido en el relato que hacía Raleigh. Parker culpa al propio hijo de este de su propia muerte, por su temeridad. En cuanto a Keymis dice que era muy cruel y mentiroso y se merecía su propia muerte, pese a ser un suicidio. No es más que una inculpación a los muertos como modo de autodefensa, cosa que debió hacer muchos de aquellos tripulantes regresados a Inglaterra.

Otra carta de Raleigh, esta al Maestro de Artillería y del consejo de Estado del Rey de Inglaterra, escrita el primero de Junio, excusaba no haber tomado la mina de oro por la cobardía de Keymis y la falta de hombres, al no contar con los suyos. Relata que, resuelto a regresar a Inglaterra, unos hombres suyos intentaron amotinarse tomando la mejor nave de la flota inglesa y hacer actos piráticos a amigos de Inglaterra (¿se refería a españoles?) y a portugueses. Raleigh dice haberse opuesto al proyecto en cuanto supo de él, pero que se vio obligado a volver a las costas americanas para lograr al menos provisiones que les contentasen. Le pedían no volver a Inglaterra hasta haber alcanzado la seguridad del perdón, pero negociaron, alteradamente, ir al menos a Kilbury, en Irlanda, un refugio habitual de piratas y forajidos. Raleigh justifica así su comportamiento como corsario, del que dice que no es tal, ya que le obligaron las circunstancias. Todo esto no pudiera ser más que una excusa para alcanzar su perdón o suavizar su condena. En Irlanda dice haberse enterado de las acusaciones que pesan sobre él, sobre todo de las referentes a lo que se hizo en Santo Tomé. Justifica sus actos alegando que los españoles estaban fuera de su territorio en la Guyana, ya que esa tierra le había sido otorgada años atrás incluso por el Rey de Francia (que se hallaba asentado desde 1604, como se dijo) y por el Conde Mauricio de Holanda, por un periodo de diez

años. Justifica que de otro modo hubiera sido más sensato no haber regresado a Inglaterra, cosa que hizo como muestra de su lealtad.

En una segunda carta al mismo destinatario, pero sin fechar, trata de acusar a los que fueron con él a Irlanda como ladrones en los que se habían transformado, los cuales amenazaban su vida por querer volver a Inglaterra, al puerto de Plymouth. Aún con todo él regresó, lo que ensalza como una muestra más de su lealtad y buena intención. Intenta excusarse de lo cogido en Canarias, como algo que cogió por ofrecimiento que se le hizo. También intenta inculpar a otros capitanes de la expedición en cuanto a lo que se hizo en busca de la mina, a la vez que niega haber traído riquezas ocultas, ya que toda riqueza se quemó cuando prendieron fuego a Santo Tomé en su asalto. Añade una serie de alegaciones posteriores donde reafirma todo lo dicho en su defensa hasta ahora y añade sus actos pasados de liberación de caciques presos por los españoles en aquel lugar, los cuales fueron reconocidos como súbditos de Isabel I. Que Keymis fue enviado tras morir Isabel I a aquellos lugares para continuar su posesión en nombre de Jacobo I. Que el descubridor de las tierras era quien tenía su título y privilegio (o sea, él). Que esa propiedad la avala el poder del más fuerte, aplicada en América. Que Francia perjudica a España en América más que Inglaterra. Y que todo se hizo a favor de Inglaterra.

Todos estos datos que aportó la llegada de Raleigh hizo que el Conde de Gondomar escribiera a Jacobo I una carta, el 14 de Junio, donde le recordaba todos los males causado a españoles y bienes de españoles desde su partida, así como su promesa de entregarle a España para ahorcarle en Madrid si todo lo que sucedió llegaba a suceder. Incluso llega a pedir el mismo trato para con los que con él fueron y participaron de sus actos. Jacobo I creo entonces una proclamación por la cual arrestaba oficialmente a Raleigh, repasando todas las infracciones que había cometido del trato realizado acerca de que no dañara intereses españoles. Pedía así mismo que todo el mundo que pudiera prestar alguna declaración útil respecto al caso fuese a darla inmediatamente, para alcanzar cuanto antes la justicia.

El 15 de Julio Gondomar redacta el despacho más grande sobre Walter Raleigh que hasta entonces había escrito. Gondomar está a punto de dejar Inglaterra, por su salud, pero este asunto desea dejarlo totalmente cerrado antes de irse. Gondomar es invitado a estar en el Consejo que Jacobo I iba a realizar sobre el espinoso tema. Gondomar expone los males que Raleigh ocasionó que le han sido notificados desde España, recordando a la vez su advertencias pasadas sobre las consecuencias de esa expedición, y las promesas del Rey de Inglaterra de entregarle a Raleigh a España, junto a doce hombres, para ser ahorcado en Madrid, más el oro que hubiesen robado. Refiere la pretendida sorpresa que le causó la carta de Raleigh a Winwood anteriormente relatada, a causa de la libertad con la que se habla en ella de la muerte de españoles. A la vez, seguía manteniendo el territorio de la Guyana como territorio español. Jacobo I admitió los daños causados a España y estaba resuelto a castigar a los culpables ya que deseaba la paz sobre todo. El canciller Francis Bacon, el arzobispo de Canterbury y el Tesorero, alegaron que Inglaterra, y mucho menos su Rey, no podían ser responsables de los desmanes hechos por los particulares ingleses, y que esta había hecho lo posible por evitarlos cobrando fianzas a Raleigh antes de su partida. La Corona no podía impedir la realización de negocios que trajesen beneficios a sus súbditos y a ella misma, ya que no era vasalla de ninguna otra Corona. Por ello esperaban que esos hechos no enturbiasen las relaciones con España. En el siguiente consejo donde se exponían todos los cargos

contra Raleigh, algunos de sus familiares interrumpieron la sesión diciendo que el propio Gondomar había cargado los tintes contra su pariente Walter. Añadieron que jamás habían visto a un embajador de otro país decirle a un Rey de Inglaterra lo que debía hacer con sus presos, ni como debía administrar justicia, y no entendían porqué Raleigh debía ser llevado y ahorcado en España. El Marqués de Buckingham intervino a favor de Gondomar diciendo que esas eran cosas que el Rey había prometido a España tiempo atrás, y por tanto nadie le ordenaba nada. Pero se veía conveniente, por cuestiones de orden interno, que el caso lo juzgaran hombres sabios de la propia Inglaterra. Jacobo I daba la razón a Gondomar, reafirmando así sus promesas, aunque vio la conveniencia de aceptar que decidiesen hombres de leyes ingleses. Consideraba, dijo, que Raleigh era un traidor al incumplir lo que se le había hecho prometer mediante trato. Al día siguiente Gondomar habló a solas con Jacobo I, y con licencia para decirse sus opiniones con la libertad de hablarse de persona a persona, y no de Rey a embajador. Gondomar le dijo que los males que Raleigh causó a España habían sido mayores de los que narró en el consejo. Jacobo I se veía engañado por los consejeros que le habían convencido para autorizar ese viaje, por lo que era el mayor interesado en ponerle remedio. El Rey dudaba, por otra parte, de que las tierras de Guyana fueran enteramente españolas, a lo que Gondomar replicó con una defensa razonada con ejemplos de lugares ingleses acerca de la españolidad de aquel territorio. El Rey había pasado personalmente varias horas conversando con cuantos testigos pudo acerca de aquel viaje. Había llegado a la conclusión de que Keymis ordenó el ataque a Santo Tomé, como paso previo para hacerse con las minas. Su suicidio se debía al miedo que tomó ante Raleigh al haber muerto el hijo de este en aquel ataque. Pero, aún con todo, era Raleigh el capitán general, y por tanto de quien partía toda orden y autorización. No obstante, había partido con su permiso, y no por cuenta propia, por lo que debía oírle y juzgarle debidamente. Gondomar sintió esto y le dijo que en España, si se tenían tales evidencias, ya se le habría ahorcado, del mismo modo que se procedió desde el principio a expropiar bienes ingleses en Canarias y Sevilla. Pero Jacobo I se mantuvo firme en juzgarle de acuerdo a las leyes y normas inglesas, pues el Rey de Inglaterra no era ni vasallo ni deudor del Rey de España. Gondomar le admitió esto aunque diplomáticamente le volvió a recordar su promesa de mandarlo a Madrid para ahorcarlo, lo que indicaba que el juicio ya tenía sentencia antes de celebrarse. Jacobo I pretendía que Gondomar informase sobre todo lo hablado a Felipe III. En tres días se acordaría todo lo referente al juicio de Raleigh y la ejecución de su sentencia. Tanto los que apoyaron a Raleigh como los que no, estuvieron conformes en restituir a los españoles las haciendas perdidas. Sin embargo muchos se sentían incómodos con el pensamiento de que Raleigh fuera entregado a España, pues veían en ello una falta de autoridad en Jacobo I, y una doblez de este frente a la Corona española. Por ello, Gondomar le solicita a Felipe III que recapacite sobre la conveniencia de insistir en que Raleigh se ahorque en Madrid, ya que le podría causar males a su aliado Jacobo I. Así mismo, dice que se estaba haciendo un embargo general de los barcos de Raleigh en aquel lugar, pero aconseja que en Canarias, Sevilla, Madeira y Terceras, se embargase ya sólo a las naves que con seguridad fueran de la flota de Raleigh, por evitar males o disgustos a la Corona inglesa, y mantener así un gesto de deseo de mantener la alianza anglo-hispana. Raleigh estaba preso en Plymouth y se estaba prendiendo a los que se podía del resto que regresaron con él.

Todos estos acuerdos fueron confirmados oficialmente por el de Buckingham a Gondomar por medio de una carta del 26 de Junio. Con rapidez se embargaban barcos y

se apresaban a los colaboradores de Raleigh para ser juzgados de acuerdo a las leyes y normas inglesas.

Raleigh mandó una carta a Jacobo I el 16 de Junio intentando conmoverle para alcanzar sino su libertad sí alguna compasión. Alegaba su regreso voluntario a Inglaterra, una vez más, el no haber atacado a ningún poblado español costero, salvo el de Santo Tomé, del que dice que los españoles mataron a veintisiete ingleses atados espalda contra espalda, y de dos en dos, degollándoles tras haber convivido un tiempo juntos. Que no cobró venganza tras la muerte de su hijo, ni se apropió de la mina en manos españolas. Y a que diferencia de Parker y Moutam, él, esta vez, no había cometido asaltos en el Caribe, como estos hicieran en Honduras y Campeche.

Mientras, Felipe III había admitido que ahorcasen a Walter Raleigh en Inglaterra. El famoso corsario no parecía tener ya salvación posible, por mucho juicio que se celebrase (este era más bien una pantomima). El 5 de Septiembre Raleigh ya estaba sentenciado como traidor y pirata, y se encontraba encerrado otra vez en la Torre de Londres. El Conde de Gondomar escribía una carta a Don Juan de Ciriza, Secretario de Estado de España, el 28 de Noviembre, en la cual decía en un breve párrafo inicial que le parecía que Walter Raleigh ya había sido ahorcado, pero que le parecía más importante haber roto la paz entre Inglaterra y Francia, por lo que el resto de la extensión de la carta lo dedicaba a los asuntos relacionados con Francia. Era realmente muy escueto lo que le dedicaba a este asunto, teniendo en cuenta el montón de cartas y de tiempo que Gondomar le había dedicado al problema que suponía Raleigh en el mar. Tal vez literariamente esa era su propia condena a Raleigh, la indiferencia ante su muerte. Esta, efectivamente se había producido el 29 de Octubre de 1618, en Inglaterra. Walter Raleigh no había muerto ahorcado, se le ejecutó degollándole.

Este es en resumen el contenido de los documentos inéditos del Conde Gondomar respecto al curso de Walter Raleigh. Esperamos que haya podido aclarar dudas sobre el final de este famoso corsario, o bien gustar su lectura.